

Arqueología y prehistoria

BERNAL, IGNACIO: *El mundo olmeca*. Editorial Porrúa, S. A., México, 1968. 272 pp., 142 figuras.

Esta nueva obra del doctor Bernal, reúne copiosa información y está ampliamente ilustrada; viene a constituir el mejor intento de discutir lo hasta ahora conocido del llamado "problema Olmeca". Es también, a decir del autor, la primera parte de una obra de conjunto de la historia de la civilización mesoamericana.

Ya en la introducción se deja ver el sistema seguido para abordar el problema. Parte del momento en que pueblos aldeanos-agricultores dan el paso que los llevará a la civilización. Lo anterior no entra en la discusión, pues forma parte de otra historia y de otros problemas. Por lo tanto, se inicia el libro hacia 1200 a.C. que es cuando aparecen las primeras manifestaciones y los monumentos inamovibles de esta cultura, en una área limitada por el Golfo de México al norte, las primeras estribaciones de las sierras al sur, el río Papaloapan al oeste y la cuenca del Blasillo-Tonalá al este. El ambiente

de dicha región, que abarca parte de los estados de Veracruz y Tabasco, imprime a esta cultura una fisonomía primordialmente costeña, por lo menos en su parte inicial.

Se trata de un área bastante uniforme, a excepción del macizo montañoso que rodea el lago de Catemaco, en la región de Los Tuxtlas, Ver. Existen, además, condiciones de otra índole: abundancia de agua, tierras cultivables, etcétera, que dieron margen a un intenso asentamiento humano y a su acelerado desarrollo. Sobre estos aspectos, se discuten ampliamente los distintos problemas de carácter ecológico que aquí se presentan, hasta llegar al tipo de agricultura que este ambiente permite.

Desde el punto de vista humano se sugieren, de acuerdo con los informes de los antropólogos que han trabajado la región, algunas ideas sobre la demografía de esta área, y de los problemas lingüísticos respectivos, aunque, como el mismo autor señala, es imposible saber con algún grado de seguridad qué lengua hablaban los olmecas. Hace uso de los materiales que aporta la glotocronología, que marca para esta región, el punto de separación lingüística entre el huasteco y el maya, hacia unos 1200 a.C. Esta separación, causada por los hablantes de otra lengua que se metió como una cuña dentro de un área lingüísticamente unificada, y si tomamos en cuenta las nuevas fechas para la presencia inicial olmeca en la región, encontramos una magnífica posibilidad de que fueran "los portadores de la cultura olmeca quienes rompieron la unidad proto-maya-huasteco".

El tipo físico se describe a base de representaciones en barro, piedra y jade, a falta de entierros olmecas que hasta la fecha no se han encontrado, probablemente por la humedad y acidez del suelo que destruyen los huesos. Sin embargo, el capítulo es importante por la discusión que se hace del ideal de belleza física que tenía este pueblo y por la lista de características que lo conforman.

El libro contiene un magnífico resumen de la historia de las investigaciones sobre este problema, desde la época de los anticuarios y coleccionistas, hasta los modernos investigadores que a partir de los años treinta enfocaron el problema bajo un punto de vista técnico y científico. Pero el capítulo no es solamente una breve historia de las etapas por las que pasó la investigación de los olmecas, sino también una valiosa fuente para conocer la procedencia y suerte final de algunas de las más conocidas obras de arte olmecas.

La arquitectura de los principales sitios es estudiada a través de algunos de los centros más importantes: La Venta, Tres Zapotes, algunos sitios del Río Chiquito, como San Lorenzo-Tenochtitlan, Laguna de los Cerros y otros menores. La descripción de estos lugares plantea el espinoso problema de si se trataba de centros ceremoniales o de verdaderas ciudades. A este respecto Bernal define su concepto de centro ceremonial: "... un sitio donde habitan los jefes

—sacerdotes o civiles— sus dependientes directos y tal vez algunas personas más. El grueso de la población vive en aldeas dependientes de ese centro y sólo lo visitan en días festivos para atender sus asuntos o cuando se les congrega allí para realizar los trabajos que impone la jerarquía”.

Después de revisar algunas ideas acerca de este punto, principalmente las de Heizer sobre La Venta, pasa a analizar la situación de los indígenas modernos de México, en aquellos casos en que su vida pueda ser similar —dentro de un contexto ambiental diferente— a la del preclásico, en cuanto al concepto de habitación dispersa debido al tipo de cultivo por roza. Al discutir el funcionamiento de una ciudad dispersa y lo que es un verdadero centro urbano, el autor concluye en que “Podría pensarse que esto es sólo una cuestión de nombre ya que la ciudad dispersa viene a ser algo muy parecido al centro ceremonial con sus aldeas dependientes. Encuentro una diferencia fundamental que consiste en que ya se trata plenamente de una situación urbana, aunque dispersa, puesto que entre los olmecas constatamos la presencia de grupos especializados, de un gran arte monumental, y de muchos de los otros requisitos de la civilización urbana.”

Los restantes capítulos se refieren a la escultura en sus principales manifestaciones —que se discuten en forma particular— como son las cabezas colosales, los altares y estelas y las figuras humanas. Integrados a estos aspectos se estudia el trabajo en jade, las distintas clases de figurillas, hachas y cerámica. Lo importante de estas divisiones es el conjunto de aspectos que se tratan en la revisión de ideas que distintos autores han expresado frente a los materiales arqueológicos, tanto en el problema de una religión incipiente que se manifestaría a través del culto al jaguar, como otros aspectos como son las deformaciones corporales, el vestido y el adorno.

Finalmente, para terminar la primera parte, dedicada a la región de la costa del Golfo, a la que Bernal define como el centro de los Olmecas Metropolitanos, se tratan temas importantes, que en realidad son un preámbulo a la segunda sección del libro, pues se relacionan con la expansión olmeca a través del comercio y probablemente de la guerra, al tipo de organización política que tenía este pueblo, los orígenes del calendario, los dioses olmecas reconocibles y que pudieron ser la base del panteón mesoamericano posterior y, finalmente, la historia olmeca a través de las fechas y sitios donde se manifiesta el origen, desarrollo y desintegración de tal cultura. Estas fechas abarcarían desde 1200 a.C. hasta los albores de la era cristiana.

La segunda parte del libro se dedica a la Mesoamérica Olmeca, o sea a todas las manifestaciones, que en forma de monumentos u objetos pequeños que llevan el sello olmeca, se encuentran fuera del

“área metropolitana”, y que regionalmente presentan modalidades distintas a saber: “1) Sitios u objetos idénticos o muy similares a los de la zona metropolitana; 2) sitios u objetos de estilo olmeca distintos a los metropolitanos; 3) sitios u objetos relacionados con el mundo olmeca metropolitano pero que tienen un estilo propio notándose en ellos otra u otras maneras de hacer las cosas; 4) sitios u objetos no relacionados en ninguna forma con los olmecas metropolitanos.”

Sobre esta división se estudia el Altiplano Mexicano, Morelos, Guerrero y el Occidente, Veracruz, en su parte colindante con el “área metropolitana”, al norte del río Papaloapan, Oaxaca y el área Maya, principalmente en la Depresión Central de Chiapas, la costa y altiplano de Guatemala, hasta los famosos relieves de Las Victorias en El Salvador. Por supuesto, se trata el problema de las figurillas aisladas que se han encontrado en Honduras y hasta la distante Costa Rica.

Finalmente, debe hacerse destacar la magnífica bibliografía que va al inicio del libro, y la significativa —no exenta de justa elegancia— dedicatoria que de la obra se hace a la memoria de Miguel Covarrubias, “el último olmeca”.

CARLOS NAVARRETE